

## FLUIDEZ, “YO” Y DISCURSO: LA PRESENCIA COMO BORROSIDAD

### Fluidity, “I” and discourse: presence as fuzziness

MARÍA LAURA PEÓN\*

Universidad Nacional del Nordeste

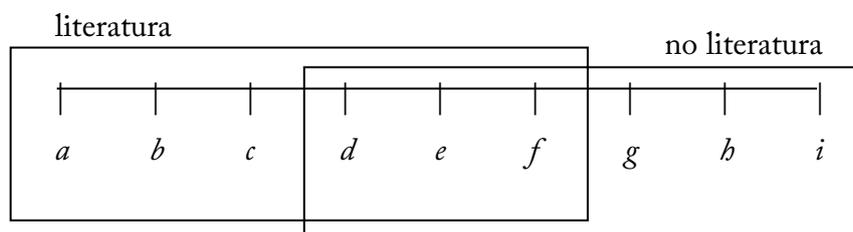
mlaurapeon@yahoo.com.ar

### Fluidez y borrosidad: hacia una relectura de los géneros discursivos

El extratexto es el lugar de la lectura. Leemos el texto desde sus márgenes, en esos límites en los que se producen las interpretaciones. Hay textos que reclaman una lectura contrastiva, el ejercicio constante de leer el texto por oposición al extratexto: son los llamados *textos referenciales*. Su objeto está tomado del extratexto y se reconoce en él. La lectura se hace por confrontación con un modelo.

Otros sugieren una suspensión del extratexto, algo así como poner el contexto de lectura entre paréntesis. Hay artificios y estrategias textuales que intentan disuadir al lector de su *estar en el mundo*. Son las lecturas que solicita la literatura y que, por ello, permiten ser pensadas como *autorreferenciales*. La confrontación con un modelo extratextual no se pretende, se produce, pero no es una exigencia.

Los criterios de *referencialidad externa* y de *autorreferencialidad* nos permiten leer el sistema de los géneros discursivos de un modo diferente. Si organizamos los géneros en una secuencia que va desde la *literatura*, con una menor pretensión de referencialidad, a la *no literatura*, con una referencialidad que reduce las distancias interpretativas al mínimo, podríamos ver una gradación de nueve puestos (a-i), como la que sigue:



En donde: *a* equivale a género lírico; *b*, narrativo; *c*, dramático; *d*, epistolar; *e*, ensayístico; *f*, publicitario; *g*, periodístico; *h*, científico; *i*, instruccional.



## Sujeto: la ficción del yo

En el origen está la unidad confundida e indivisa, la tensión que se hace sujeto en su movimiento hacia el sentido. El sujeto surge en ese movimiento, en ese deseo de poner el mundo, la cosa significativa, delante de sí. El origen de la subjetividad se reconoce en este desprendimiento, en este desgarramiento. La palabra, en español, es perturbadora. Habla de una escisión violenta. No es un separar, es un arrancar. Y eso implica dolor, sufrimiento. Allí se reconoce la pasión hegeliana, en ese intento por recuperar la totalidad del sujeto desvinculado cartesiano, de ponerlo en el cuerpo, de situarlo en el mundo y en su propia historia. Hay allí un todo que conserva el recuerdo trágico de su escisión. Así, en la historia del objeto no se reconoce sino la propia historia del sujeto en su deseo de re-encontrarse con la unidad.

Pienso, ahora, en un ejemplo que puede ilustrar este movimiento: nuestras concepciones del índice del sujeto de la enunciación, aquel que asume el discurso y se lo atribuye, desdoblado en las formas del singular *yo* y del plural *nosotros*. Tal vez, la noción primera, sea la construcción del *nosotros* como una suma de múltiples *yoes*. Allí, estaría el *a priori* kantiano, el objeto puesto frente al sujeto: un *yo* sumado a *otro yo* y construyendo el *nosotros*. La segunda, en cambio, surge del *nosotros* desarmándose (desgarrándose) en los múltiples *yoes* que lo componen. El *yo* es el resultado de ese desgarramiento. Implica la relación y su pérdida. El significado primero y profundo del *yo* debe ser derivado del *nosotros*. Ahí tiene su fundamento, su origen.

En esa historia de desprendimiento, la subjetividad consiste en el movimiento intencional de ponerse frente a la diferencia, a la falta, a la ausencia que ahora es el objeto. Es un *oponerse*, un ponerse ante su opuesto. El sujeto es en este proceso de contradicción, de negación de lo que es para llegar a su ser verdadero. El ser negado en el no-ser reconstruye su sentido, recupera su unidad en un ser de orden superior.

Así opera el movimiento dialéctico, que es lo que se conoce como método ascensional, como un movimiento de totalización que se niega en su destotalización para sintetizarse en una retotalización, en una instancia de superación.

El ser de la síntesis es un ser *recaído en la inmediatez*. Ha olvidado la historia de su escisión, de sus enfrentamientos, pero esa historia se halla contenida en el ser, conservada en él, aunque ya olvidada. Es uno mismo hacerse otro, extrañarse en la doble acepción de la palabra: extrañar, por una parte, quiere decir recordar, cuando no anhelar, una presencia. Por otra parte, significa hacer extraño algo, hacer que algo deje de ser una cosa para ser, o parecer, otra.

La recursividad es creativa. Teniendo en ella su resorte fundamental, también la regresión lo es, o al menos puede parecer tal. Superar *siempre y cada vez de nuevo* el límite significa, sí, reavivarlo *da capo*, pero en un nivel de mayor generalidad y, por ende, como un límite *siempre nuevo*. Consiste, sin embargo, en una 'creatividad' no poco extravagante, cimentada sobre la monótona presentación iterada del idéntico núcleo de experiencia. (Virno, 2013, p. 53-54)

## Yo como frontera entre texto y extratexto

La fluidización obliga a los sujetos a reconstruir su sistema de coordenadas y, en eso, a resignificar su lugar en el sistema. Cuando ese lugar es el no lugar de la fluidez, los límites se desdibujan, se transparentan y los espacios se superponen; no se reconocen marcas definidas, opacas, que determinen referencias.

El lugar del sujeto se sitúa pues en la brecha que surge entre las distintas identificaciones que lo conforman, en un espacio vacío sin centro ni márgenes, que expresa la tensión entre las contradicciones que lo habitan, de las cuales la subjetividad como tal es ya la fallida respuesta. (...) El sujeto se define asimismo por su relación con el lugar de emisión de la palabra, dado que se es en la red simbólica en función del lugar desde el cual se habla. (Milmaniene, 2007, p. 151-152)

Por una parte, sabemos que el ser de las construcciones subjetivas es ficcional. Por otra parte, deberíamos admitir que las ficciones que construye el sujeto se asumen como verdaderas, cuando aún se encuentran activas, o como ficticias, cuando se trata de construcciones a las que no se les reconoce validez, ya sea por agotamiento o porque su origen se ha hecho evidente.

El “yo”, conforme se reduce al sujeto de la enunciación, pierde su referente. O asume múltiples posibilidades referenciales. El espacio que separa la ficción de la no ficción ya no puede ser pensado como un borde. Es frontera. Amplia frontera de negociación. Zona mestiza.

Autoficción como relato de sí que tiende trampas, juega con las huellas referenciales, difumina los límites –con la novela, por ejemplo–, y que, a diferencia de la identidad narrativa de Ricouer, puede incluir también el trabajo del análisis, cuya función es justamente la de perturbar esa identidad, alterar la historia que el sujeto se cuenta a sí mismo y la serena conformidad de ese autorreconocimiento. (Arfuch, 2010, p. 105)

La cuestión está en este ejercicio de “perturbar” la identidad del sujeto como si esa identidad pudiese ser comprobada. Y si no consiste, más bien, en un recrear el sujeto, en un construir sujeto como un efecto de la acción discursiva. Relatar sujeto es equivalente a ser sujeto, que es un hacer sujeto.

Las llamadas *narrativas del yo*<sup>1</sup> hacen evidente la propia negación del sujeto, el movimiento de *poner* el mundo. Esa puesta recreada, actualizada en cada discurso que construye, ficciona o resignifica, el *yo*.

El punto crucial es que lo real que sirve como sostén de nuestra realidad simbólica debe parecer *encontrado*, y no *producido*. (...) [P]ara que un objeto ocupe su lugar en un espacio libidinal, debe permanecer oculto su carácter arbitrario. El sujeto no puede decirse a sí mismo: “Puesto que el objeto es arbitrario, puedo elegir lo que quiera como objeto de mi pulsión”. El objeto debe parecer *encontrado*, debe ofrecerse como sostén y punto de referencia para el movimiento circular de la pulsión. (Zizek, 2006, p. 61)

1. Prefiero la denominación de *discursos del yo*, porque tiende a ser más inclusiva. Los textos no narrativos, la poesía, por ejemplo, con su construcción de espacios biográficos, se deja leer, sin problemas, como discurso del yo.

Los *discursos del yo* ponen al descubierto la profunda raíz ficcional de todo discurso. Son prácticas que amenazan con desestabilizar el sistema de creencias ante la posibilidad de que lo construido por el discurso bien hubiera podido ser otra cosa.

En esto consiste la lección fundamental de Lacan: si bien es cierto que cualquier objeto puede ocupar el lugar vacío de la Cosa, sólo puede hacerlo por medio de la ilusión de que siempre estuvo allí, es decir de que no lo pusimos nosotros, sino que *lo encontramos como respuesta de lo real*. (Zizek, 2006, p. 62)

La ficción, manifiesta o no, no se determina por la concurrencia de ciertos elementos que perturban o alteran o distancian la historia narrada de lo real, sino por su modo de lectura. Una lectura que se hace como cualquier otra, actualizando la validez del contexto. Es un recrear lo real. “[La] iteración da lugar a un inédito estado de cosas, fomenta la variación, potencia la capacidad de adherir con ductilidad a situaciones imprevistas” (Virno, 2013, p. 52).

La ficción pone al sujeto frente a sus propias prácticas de sentido. Propias porque lo hacen propio, lo hacen pertenecer a una comunidad semiótica dada. Prácticas que no solo significan las producciones literarias, sino toda producción de sentido. Incluso, y especialmente estas, aquellas que nos dicen la *verdad* del mundo.

Toda lectura se hace en los márgenes, entre los límites de los discursos propios y ajenos. En un pasado extraño que se actualiza, se actúa, se pone en el cuerpo. El lenguaje duplica la *realidad*, que deja de funcionar como contexto de interpretación para ponerse en el centro mismo del enunciado.

La *autoficción* invade el espacio de lo real con su duda contaminante. La incertidumbre se instala como respuesta. El lector, situado en su contexto de producción de sentido y necesitando validar ese contexto, descubre una tensión en la armonía del todo. Como detención, los discursos del yo ponen al lector ante la pérdida de sentido arriesgando todo el movimiento.

La sola posibilidad de que eso otro también pueda ser no solo tensiona la relación del texto con el extratexto. El contexto se *desrealiza*. Así, lo “real” se reconoce como otra ficción. Deja de ser algo oculto en la estructura del relato para ser solo otro relato. El sujeto se tematiza, se problematiza. Frente a la mirada de lector, el sujeto ha actuado, ha realizado, el movimiento de la “verdad”.

## Referencias bibliográficas

- Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Kosko, B. (1995). *Pensamiento borroso. La nueva ciencia de la lógica borrosa*. Barcelona, Crítica.
- Milmaniene, J. E. (2007). *El lugar del sujeto*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Biblos.
- Virno, P. (2013). *Y así sucesivamente, al infinito. Lógica y antropología*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Zizek, S. (2006). *Mirando al sesgo*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Paidós.

\***María Laura Peón** es Licenciada en Letras (Universidad Nacional del Nordeste). Cursó el Doctorado en Ciencias Cognitivas (UNNE). Es Profesora Adjunta de *Literatura contemporánea en lenguas no hispánicas* (UNNE). En 2018, dictó el seminario *Intimidad y giro subjetivo: de la autobiografía a la autoficción. Las narrativas del “yo” y su desplazamiento de lo público a lo privado* (UNNE). Es integrante del PI 17H001: “El discurso feminista en la Historia y en las narrativas de los siglos XIX a XXI” (Secretaría General de Ciencia y Técnica, UNNE), en el que aborda las formas de presencia y los límites entre autor y escritor como categorías discursivas. Su objeto de estudio es la subjetividad, las escrituras de vida y la puesta en discurso del lugar de intimidad, el cuerpo y los afectos, siempre en los bordes de la ficción.

**RECIBIDO:** 28/05/2020

**ACEPTADO:** 27/07/2020